Master Negative
Storage Number

OCI00043.20

San Pedro, Diego de

Historia del nuevo navegador

Madrid

[1893?]

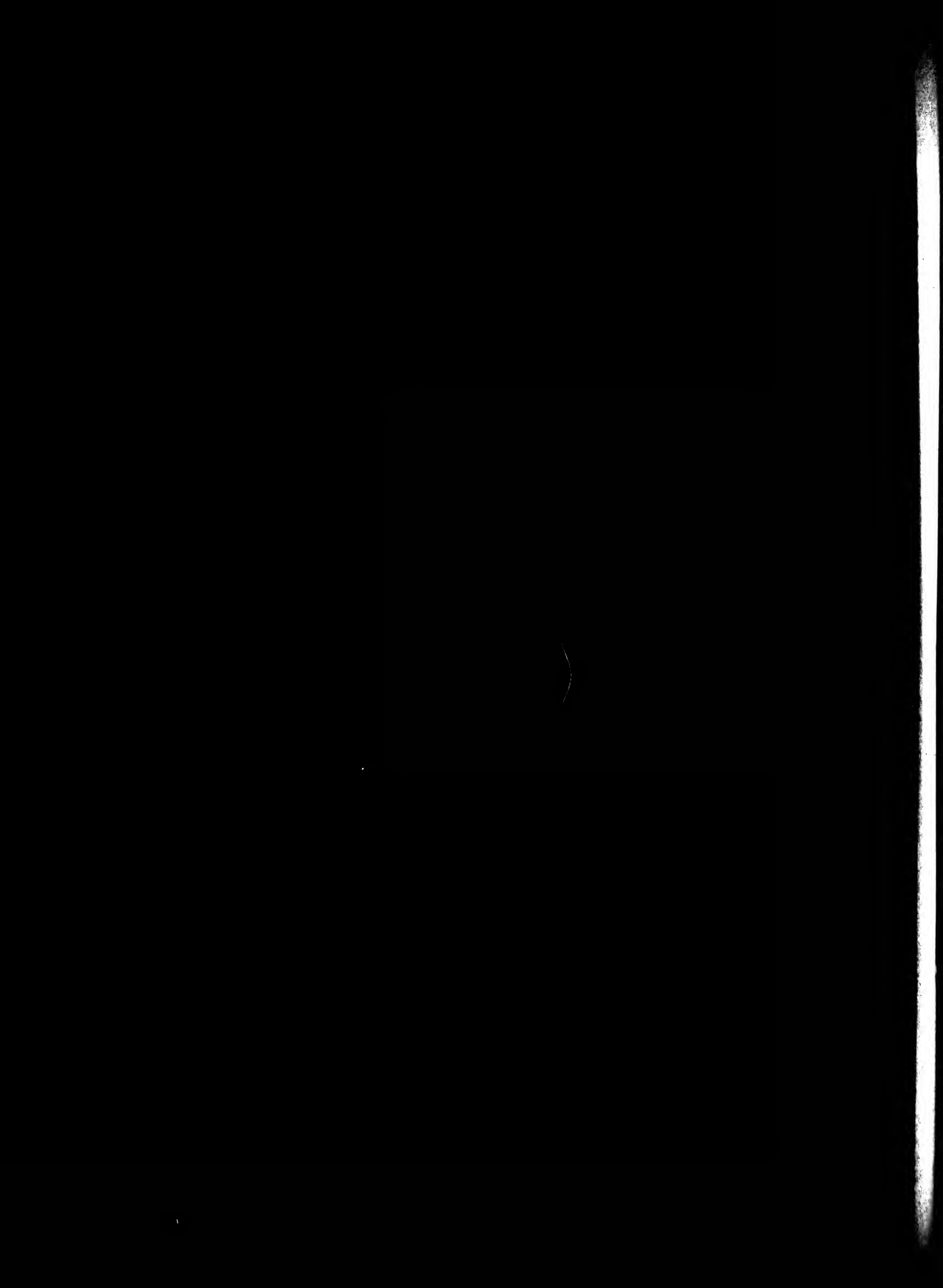
Reel: 43 Title: 20

**BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET**
**PRESERVATION OFFICE**
**CLEVELAND PUBLIC LIBRARY**

**RLG GREAT COLLECTIONS**
**MICROFILMING PROJECT, PHASE IV**
**JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION**
**Master Negative Storage Number: OCl00043.20**

Control Number: ADT-3611
OCLC Number : 29694136
Call Number : W 381.568 H629 v.3 NUEV
Author : San Pedro, Diego de, fl. 1500.
Title : Historia del nuevo navegador ó sea relación de la Sagrada Pasión y muerte de Jesucristo Nuestro Salvador.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de la Sagrada Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucritso.
Note : Title vignette.
Subject : Jesus Christ Passion.
Subject : Jesus Christ Crucifixion.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CT



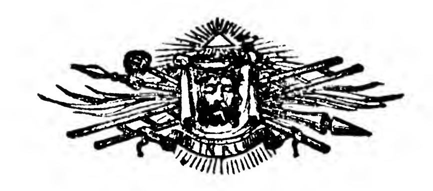
(TRES PLIEGOS)




# HISTORIA
# DEL NUEVO NAVEGADOR

Ó SEA RELACIÓN DE LA SAGRADA PASIÓN Y MUERTE DE

# JESUCRISTO NUESTRO SALVADOR



MADRID
Despacho: Calle de la Bola, núm. 11




Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

381.568
H629
v. 3
NUEV



# HISTORIA
## DE LA SAGRADA PASION Y MUERTE
# DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

El Nuevo Navegador,
siendo de tierra apartado,
con la sombra del temor
turba y mengua su vigor
viéndose de agua cercado.
Pues así mi corazon
cercado de insuficiencia,
tiene tan gran confusion,
porque saber y razon
huyeron de mi presencia.
Y temiendo peligrar
aquel que en el mar entró,
su deber es implorar
á la Reina tutelar
le vuelva do se partió.
Aquella Vírgen sagrada
con la familia piadosa
que la llevó acompañada
cuando fué á ser coronada
de la mano tan gloriosa.
Ella me quiera alcanzar
del inmenso Dios tal don,
que pueda yo contemplar,
gemir y tambien llorar
el dolor de su pasion.
Con esfuerzo de lo cual,
¡oh glorioso Redentor!
con deseo sin igual
de olvidar por tí mi mal,
voy á comenzar, Señor.
Despues de verificada
aquella solemne Cena,
y despues de ser alzada
aquella mesa sagrada,
de esplendor y gloria llena:
despues que el vil corazon
del falso Judas dañado
puso en obra su traicion,
y acabado aquel sermon
con tanto amor predicado,
váse nuestro Salvador
con su santa compañía,
lleno de fuego y ardor,
á redimir el error
que cautivos nos tenia.
Hácia el huerto caminaba,
do habia de ser prendido
de la gente fiera y brava,
lo cual ya lo procuraba
el traidor más fementido.
Por aquel camino yendo
á sus discípulos habla,
doble pena padeciendo,
la suya propia sintiendo,
pero aun los consolaba.
Y cada cual á porfía
á aquellos brazos preciosos
humilde se sometia,
oyendo con alegría
sus consejos amorosos.
Llegan al huerto, y notad
con qué triste corazon
aquel Rey de gran bondad
les dijo: «velad y orad
por no entrar en tentacion;
aquí, pues, me esperareis,
que os quiero un poco dejar,
y mirad que no os turbeis,
ni conmigo os acerqueis
hasta que acabe de orar.»

Acabada esta mision
Jesús de ellos se apartó,
donde con gran devocion
hizo al Padre su oracion,
la cual así comenzó:
«Padre mio poderoso,
escucha mi peticion,
y dame, Señor, reposo
á dolor tan congojoso
que cerca mi corazon.
Haz que sea consolado
pues tengo fatiga fuerte,
y me siento anonadado
por tenerme atribulado
esta angustia de la muerte.
Por el pesar que tomaste
de aquella injuria á tí hecha,
á este mundo me enviaste,
y con amor ordenaste
fuese por mí satisfecha;
y vista tu voluntad
obedecí aquel mandato,
y en servir con lealtad
á tu augusta Majestad
siempre he tenido cuidado;
pero la muerte presente
y las ansias y el temor
que esta triste carne siente,
me aqueja tan gravemente
que te suplico, Señor,
que si es que hacerse pudiese,
des alivio á mi tristura;
y que si posible fuese
no gustase ni bebiese
este cáliz de amargura.
Pero si place otra cosa
á tu infinita bondad,
ves aquí no perezosa
esta mi carne medrosa,
cúmplase tu voluntad;
pues yo siempre quise hacer,
Padre, lo que me mandaste:
y si más no puede ser,
aunque haya de padecer,
cúmplase lo que ordenaste.
Pero mucho me fatigo
en ver aquestos, á quien
obras les hice de amigo
tratarme como enemigo
desconocidos del bien.
Y viendo su perdicion
está mi alma dolorida,
tengo muy grande afliccion
por temor de la pasion
que preparan á mi vida.»
Ya su oracion acabada,
nuestro Dios y Redentor,
con un ansia inusitada,
á do dejó su manada
volvió como buen pastor;
y con razones de amigo
comenzóles así á hablar:
«En este trance aflictivo,
¿aun no podeis conmigo
solo una hora velar?
Amigos, velad y orad,
por no entrar en tentacion,
y con toda voluntad
en la eterna majestad
poned vuestro corazon;
y á todo lo que vereis
estad muy bien preparados;
y es preciso os esforceis,
porque luego quedareis
todos escandalizados.»
Cuando San Pedro escuchó
á su Maestro así hablar,
esta respuesta le dió:
«Señor, nunca temo yo
me haya de escandalizar.»
«No te muestres tan constante,
Pedro, que no lo serás,
le dijo Cristo, que antes
que esta noche el gallo cante
tres veces me negarás.»
San Pedro muy compungido

respondió con buena fé:
«Señor, haré lo que digo,
y si conviene contigo
morir, no te negaré.»
Así nuestro Redentor
sus discípulos dejó,
y fuese con grande ardor
donde con mucho fervor
otra vez al Padre oró;
y aquella misma oracion
que hizo, otra vez repetia,
y nunca á su peticion,
hecha con tal suspension,
el Padre le respondia.

«Padre, si habeis ordenado
ser preciso que yo muera,
cúmplase ya tu mandado,
pues que por mí remediado
el linaje humano espera.
Pero con grande afliccion
Señor y piadoso Padre,
(porque sé que mi pasion
herirá su corazon)
te encomiendo aquella Madre.
Mis discípulos, Señor,
tambien sean amparados,
que á causa de mi dolor,
como obejas sin pastor,
andarán descarriados.»

Así orando el Redentor,
y pues en tal agonía
de congoja y de temor,
por su cuerpo un gran sudor,
de pura sangre corria.
¡Oh paso tan singular,
para los contemplativos,
cosa digna de notar,
que la debemos llorar
cuantos fuimos redimidos!
¡Quién duda que no estuviese
en grande tribulacion!
¡Oh! ¡quien contrito estuviese,
con que pensando pudiese
quebrantar mi corazon!

Estando el Rey de los cielos
su oracion continuando,
cubierto con aquel velo
de amargura y de consuelo,
bajó un Angel así hablando:



«Señor, tu Padre te oyó
con suma angustia y pesar,
mas nunca te respondió
pues solo este medio halló
para el mundo remediar;
que bien debes tú saber,
que fué, Señor, tu venida
para muerte padecer,
y con ella guarecer
al mundo de la ignominia.
Y dice, que pues es dada
contra tí la tal sentencia,
que no será revocada:
y así conviene que armada
tu vida esté de paciencia.
Mira los padres que están
dentro del limbo encerrados
y que tú eres el iman,
por cuyo medio serán,
como esperan, libertados.
Concluyo con que El hará
lo que más le encomendaste,
que á tu Madre amparará
y tus siervos guardará
como tú se lo rogaste.»
Contempla con qué humildad

al embajador oyó
aquel Rey de gran bondad,
y con qué benignidad
humilde le respondió:
«¡Oh mensajero del Cielo,
cuánto ha que te esperaba
con apetecido anhelo,
pensando que tu consuelo
fuera cual yo imaginaba!
Pero pues mi Padre ordena
que así esto haya de ser,
yo lo tengo á dicha buena
el sufrir aquesta pena
y el morir y padecer,
que al pecador redimir
y á mi Padre hacer servicio,
aunque haya yo que sufrir
mayor dolor y morir
lo tendré por beneficio.»
Cuando el Señor acabó
su triste razonamiento,
el Angel se despidió,
y la embajada aceptó
por gloria de su tormento.
¡Contempla cuál quedaria
tu Dios y tu Salvador!
¡Contempla qué sentiria
cuando solo se veria
sin ningun consolador!
Y cuando hubo acabado
su oracion postrimera,
todo su cuerpo bañado
en aquel sudor sagrado,
á sus siervos se volviera;
los cuales todos halló
en sueño muy sosegado,
pero no les despertó
hasta que cerca ya vió
á Judas disimulado.
¡Oh traidor! ¿Quién le movió
á hacer un tan grande error?
?qué idea fatal te dió?
?quién nunca jamás pensó
en vender á su Señor?
Debieras ser refrenado
de yerro tan escesivo,
por huir de ser llamado
el más traidor y malvado
que jamás se ha conocido.
¡Oh ingrato y engañador,
caudillo de los malvados!
recordarás que el Señor
con tanta sobra de amor
te perdonó tus pecados.
Miráras que te libró
del abismo y su poder:
miráras que te escogió
con los doce, y que te dió
gran parte de su querer.
Si estas cosas no mirabas,
traidor, cuando le vendiste,
dí, ¿por qué no te acordabas
del sentimiento que dabas
á la Vírgen, Madre triste?
En la cual, fé verdadera
de Madre siempre encontraste;
acordársete debiera,
cuán benigno y manso era
el Hijo que le quitaste.
Estas obras, mal varon,
no se las agradeciste,
pues por darla más pasion,
en señal de galardon
á su Hijo le vendiste.
Si por dinero lo hacias,
cuenta muy errada era;
¿Por qué no se lo decias
á ella, pues bien sabias
que muriera ó te los diera?
Aunque más pobre estuviera,
con afan te los buscara,
y con ruegos que ella hiciera
no faltara quien tuviera
piedad y se los prestara.
Cuando ya el Redentor vió
que la turba se acercaba,

y observó aquel fementido
entre el bullicio metido
y que nunca sosegaba,
con qué angustias, contemplad,
fué á despertar su manada,
(estas palabras notad)
diciéndoles: «levantad,
que ya es la hora llegada.»
Aun no despiertos serian
cuando las voces sonaban
que los judíos traian
y no tan lejos venian,
pues junto con El ya estaban.
Y cuando los vió allí
nuestro Dios humilde y bueno,
dijo: «¿á quién buscais? decid.»
y ellos dijeron así:
«á Jesus el Nazareno.»
El Señor dijo: «soy Yo:
ved, pues, qué es lo que quereis.»
Luego en el suelo cayó
el escuadron cuando oyó
aquesto que oido habeis
y cuando se levantó
aquella malvada gente
otra vez les preguntó
lo que antes les habló,
por el mismo consiguiente.
Al pensar en tal porfía;
de lástima grande pena:
«buscamos (¡ que rabia impía!)
aquella gente decia,
á Jesus el Nazareno.»
Dijo el Señor: ya sabeis
que os declaré que Yo soy;
pues á mí solo quereis,
libres á estos dejareis,
á mí véisme aqui do etoy.»
Entonces aquel traidor,
en todos los males diestro,
se puso junto al Señor,
diciéndole sin temor;
«que te salve Dios, Maestro.»
Y de esto aun no contento,
en aquella santa faz,
con un infame contento
de ver ya su prendimiento,
le besó con falsa paz.
Cuando los judios vieron
á Jesus de él abrazado,
contempla cómo le asieron,
y los golpes que le dieron
en su cuerpo delicado.
Considera cuál le echaron
gruesa soga á la garganta,
y cómo de ella tiraron;
y tirándole, arrastraron
aquella su carne santa.
Piensa como unos le daban
en su rostro bofetadas,
y cómo le acoceaban,
y cómo otros le tiraban
de aquellas barbas sagradas.
La turba inmunda escupía
aquella cara preciosa;
contempla, pues, lo que haria
la Virgen, cuando sabria
esta nueva dolorosa.
Cuando aquellas cosas vieron
los discípulos amados,
de allí desaparecieron,
y escandalizados huyeron
muy medrosos y aterrados.
San Pedro que allí quedó,
como siempre fué esforzado,
á un judío arremetió,
y del golpe que le dió
una oreja le ha cortado.
Cuando nuestro Redentor
así, pues, la vió cortar,
mirando humilde al traidor,
con mucho querer y amor,
se la puso en su lugar.
Habiendo esto pasado,
que San Pedro pudo oirlo,
díjole: «haz mi mandado,

mete, Pedro muy amado,
en la vaina ese cuchillo,
que la furia te arrebata,
pero te quiero advertir,
y miralo bien y acata,
que todo el que á hierro mata,
á hierro debe morir.
¿Tú dudas que si quisiera
á mi Padre yo rogar
por auxilio, no me diera
ángeles, con que pudiera
todo el mundo sojuzgar?
Pero es forzoso el sufrir
estos males y amarguras,
padecer hasta morir,
porque se puedan cumplir
las antiguas escrituras.»
Dijo allí luego el Señor
á los judios muy triste:
«con armas y gran furor,
como ladron malhechor,
á la prision me tragisteis.
Cuando yo en el templo estaba,
y entre vosotros me vísteis,
cuando allí os doctrinaba,
cuando bien os enseñaba,
¿cómo nunca me prendisteis?
Aun del todo no acabadas
estas razones serian,
cuando con manos osadas,
al Rey nuestro, atrás atadas,
las suyas santas tenian;
y de la soga tirando
con estraña crueldad,
lo llevaron arrastrando
sus carnes atormentando
desde el huerto á la ciudad.
Allí lo llevan primero
á la casa de Anás,
que era un vil consejero
en la muerte del Cordero
y luego á su suegro Caifás,
donde estaban esperando
fariseos y escribanos,
y los magnates del mando,
todos mucho deseando
ver al justo entre sus manos.
Anás con gran presuncion
y atrevimiento decia:
«¿qué es de tu predicacion?
»¿tus doctrinas cuáles son?
»¿dónde está tu compañía?
Notad con cuánta humildad
el buen Jesus respondió:
«nunca hice Yo maldad,
prediqué siempre verdad,
siempre doctriné bien Yo.
No me preguntes á mí,
pues yo no seré creido;
esos que están junto á tí,
á quien buen ejemplo dí,
te dirán cómo he vivido.»
El Salvador así dando
la respuesta mesurada,
un traidor, saña tomando,
en su rostro humilde y blando
le dió una cruel bofetada,
diciendo muy enojado,
prorumpiendo en blasfemar:
«¿cómo, engañador malvado,
has sido tú tan osado
de así al pontifice hablar?»
Al cual perverso y sin fe
dió el Señor repuesta tal:
(mirad que repuesta fué)
«Amigo, si mal hablé,
da testimonio del mal;
pero si fué mi razon
buena, dí, ¿por qué me heristes
con tanta resolucion?
bastára mi afliccion
sin el golpe que me diste.»
En semejantes errores
muy gran rato lo tuvieron
renovando sus dolores
todos aquellos traidores.

y luego despues se partieron.
Mas dejaron ordenado
de que nuestro Redentor
quedase muy bien atado
en un lugar apartado,
como reo y malhechor;
dejáronle guardas tales,
y de tan poca piedad,
que redobiaban sus males,
dándole penas mortales
con estraña crueldad.
San Pedro y San Juan andaban
siempre tras de su Maestro,
para ver en qué paraban
los tormentos que le daban
á aquel Cuerpo santo y tierno.
Y mientras que lo tuvieron
en casa de Anás, traidor,
con otros se convinieron
y allí dentro se metieron
donde estaba el Redentor.
La criada que allí andaba,
en San Pedro reparó
que al fuego se calentaba,
y dijo: «te he visto yo
con Jesús;» y él lo negaba.
Entre los que allí se hallaban
hubo quien le conoció,
y entonces le preguntaba
«si era de aquel que guardaban;»
y él dijo: «por cierto no.»
Salió entonces descortés
el que bien le conocia,
y dijo: «por cierto éles,
mirad en su altivez
ser quien matarme queria.»
San Pedro le respondió,
y dijo con juramento:
«tal Hombre nunca ví yo,
ni él á mí me mandó,
ni hice yo su mandamiento.»
En esta vez postrimera,
que jurando le negó,
en el punto se cumpliera
lo que el Señor le dijera,
que luego el gallo cantó.
Aunque el Salvador pasaba
penas en gran cantidad,
al tiempo que le negaba
miróle allí donde estaba
con ojos de gran piedad.
Y como San Pedro vió
el yerro en que hubo caido,
luego de allí se partió,
y su pecado lloró
tiernamente arrepentido.
Habiendo aquesto pasado,
¡oh qué noche de dolor!
siempre nuestro Dios atado
estuvo, y muy mal tratado
hasta que amaneció.
Y luego por la mañana,
despues que amaneciera,
aquella gente tirana,
con perversidad insana,
á casa de Caifás fuera.
Allí juntos los doctores,
en acuerdo discurrian
sobre el Señor de señores,
dando traza á sus dolores,
y qué muerte le darian.
Todos en esto acordaron
delante de ellos viniese;
y aun apenas lo mandaron,
los sayones procuraron
que maniatado fuese.
Y cuando allá lo llevaban
aquellas gentes malvadas,
coces y palos le daban
tanto que le redoblaban
todas las penas pasadas.

Llegado ya el Salvador
á la casa de Caifás,
como ladron malhechor,
con afrenta y deshonor
las manos puestas atrás.

Al punto que lo pusieron
delante del juez (¡qué horror!)
dos mil oprobios le hicieron,
y que era (todos dijeron)
de muerte merecedor;
diciendo: «este predicaba
cosas contra nuestra ley,
Hijo de Dios se llamaba,
y el cetro se apropiaba
diciendo ser nuestro Rey.»
De entre la turba salieron
dos viles falsos testigos,
ante Caifás se pusieron,
y á grandes voces dijeron:
«Señor, dígnate de oirnos.
Nosotros en este dia
le acusamos, vocifera
que este templo desharia
y que de nuevo lo haria
en tres dias si quisiera.»
Entonces en pié fué puesto
Caifás, y díjole así
al manso Cordero honesto:
«¿qué es lo que dices á esto
que deponen contra tí?»
Nuestro Dios y Redentor
con callar le respondió;
pero con ansia mayor
aquel maligno traidor
otra vez le preguntó,
y dijo: «yo te conjuro
te declares ante nos,
que nada tengas oculto,
y me digas si eres puro
Hijo del Eterno Dios.»
Entonces le respondiera,
diciendo: «tú lo dijiste;
que aunque yo te lo dijera,
tu pecho no lo creyera,
por lo cual callar me viste;
ni de responder cuidaras
á mi propuesta sentada,
ni por ello me soltaras,
y ni por ello dejaras
tu voluntad comenzada.
Mas dígote que vendrá
aquel Hijo de la Madre
Vírgen, y se sentará
á la diestra de Dios Padre,
y las nubes parará.»
Entonces Caifás rasgó
los vestidos que traia,
y dijo: «ya blasfemó,
y él mismo se atestiguó
que la muerte merecia.»
Allí las penas doblaron
al Cordero consagrado,
y de la soga tiraron,
y á Pilato lo llevaron
á que fuese sentenciado;
y como Judas le vió
llevar con tal crueldad,
el traidor reconocido,
sentia haberle vendido
con codicia y gran maldad;
los dineros recogió
y arrojóles en el templo,
confesando que pecó
contra el Justo, y le vendió,
y que dió muy mal ejemplo.
Y como desesperó
de su salvacion cumplida,
en un árbol se colgó,
y el malvado allí perdió
el alma y tambien la vida.
Luego que al Señor pusieron
ante el poder de Pilato,
con grandes voces que dieron
muy atrevidos dijeron
aquellos hombres ingratos:
«Este hombre alucinado
por rey nuestro se proclama,
otra ley ha predicado,
tiene el pueblo alborotado,
é Hijo de Dios se llama.
Pedímoste que le des

muerte por su mal vivir;
firma la sentencia, pues,
segun la ley nuestra es,
pues debe cierto morir.»
Pilato les respondió:
«segun la ley os demuestra,
él muerte no mereció,
ni se la quiero dar yo;
matadle por mano vuestra.»
Pero luego se volvió
hácia aquel manso Cordero,
y aquesto le preguntó:
«dime (te lo ruego yo),
¿eres tú rey de este pueblo?»
Respondió Dios verdadero
muy humilde, y dijo así:
«¿Lo dices eso sincero,
ó hubo, dí, algun medianero
que te lo dijo de mí?»
Pilato le interrumpió:
«dime, ¿qué es lo que tú hiciste?
¿quién fué el que á mí te envió
no siendo judío yo?
¿cómo á mi poder viniste?»
Con profundo desconsuelo,
con un dolor estremado,
le respondió Dios del Cielo,
diciendo: «no es este suelo
mi casa ni mi reinado.»
Pilato le replicó:
«¿luego Rey debes de ser?»
Y el Señor le contestó:
«tú dices que el Rey soy yo;
ya lo puedes comprender.»
Pilato luego volvió
hácia aquel pueblo malvado
y le dijo: «no hallo yo
por qué este hombre mereció
ser á muerte condenado.»
Le respondieron de fuera
á Pilato con furor,
diciendo de esta manera:
«este hombre á tí no viniera
si no fuera malhechor.»
Dijo Pilato: «¿cuál es
el mal que en este varon
hallais? ¿por qué le acusais?»
Respondieron; «pues quereis
saberlo, oid la razon.
Este hombre ha trastornado
con engaños que él idea,
ha perdido y embaucado
los pueblos do ha predicado,
en Samaria y Galilea.»
Luego que Pilato oyó
á Galilea nombrar,
estrañamente se holgó,
porque escusarse entendió
de hacerle allí ajusticiar;
porque muy bien conocia
la inocencia del Señor,
y claramente veia
que de envidia se movia
aquel mal pueblo traidor.
Pilato luego dejó
á Jesus interrogar,
y á los judíos volvió,
diciendo: «no debo yo
á este hombre sentenciar.
Herodes lo ha de mirar,
que es de su jurisdiccion;
yo se lo debo enviar,
él allá le quiera dar
el castigo ó el perdon.»
Pilato luego escribió
para Herodes un papel,
y al Cordero le envió,
el cual yendo, padeció
fatiga y dolor cruel.
Cuando el rey Herodes vió
al Eterno en su poder,
como hacian de él olvido,
estaba muy resentido,
y ahora tuvo gran placer;
pues muchos dias habia
que lo deseaba ver

porque la fama decia
que estrañas cosas hacia,
y él queria alguna ver,
y le dijo: «oye, amigo,
¿eres tú aquel que busqué
tiempo há como enemigo,
y á fin de acertar contigo
los inocentes maté?
¿Eres tú aquel que volvió
la vista, que era perdida
á aquel que te lo rogó?
¿Tú eres el que tornó
á otros de muerte á vida?
Pues ahora yo te ruego,
que por darme á mí placer
(y no tengas ningun miedo)
que aquí hagas algo luego
de lo que sueles hacer.»
A cuanto Herodes habló
nunca jamás el Señor
palabra le respondió;
por cuya causa tomó
Herodes saña y furor.
Entonces lo despreció,
y que era un loco, decia,
mucho al Señor injurió;
y esto á los suyos habló
con insultante ironía:
«¿es este el que me nombrábais
y por santo lo teníais?
¿es este de quien contábais,
y tanto de él me alabábais
los milagros que sabíais?»
Y con desprecio singular
como á hombre sin cordura,
mandóle luego quitar
sus ropas y cobijar
de una blanca vestidura.
¡Contempla con qué bondad
aquestas cosas sufria
aquel Dios de la verdad!
¡Contempla, alma, la humildad
y paciencia que tenia!
Cuando Herodes se cansó
de insultarle, escarnecerle,
despues que así lo trató,
á Pilato lo envió;
y este dijo á la plebe:
«A este que me tragísteis
con fama de malhechor,
preguntéle, cómo visteis,
y conocí y conocisteis
que estaba exento de error.
Yo por no prevaricar
á Herodes se le envié:
él no le quiso juzgar,
pues me lo vuelve á enviar;
esto no sin causa fué.
Así, pues, que claro veis
nadie condenarle quiere,
no hay por qué le maltrateis;
así os digo que lo solteis
y dejeis ir por do quisiere.»
Cuando los tercos oyeron
razon que no les convence,
todos grandes voces dieron;
crucíficale, insistieron,
que bien merece la muerte.
Cuando Pilato oyó
su maliciosa porfia,
de azotarlo acordó,
porque así él pensó
que bien los amansaria.
Y luego por complacer
al pueblo desenfrenado,
sin un instante perder,
á Cristo mandó poner
en un lugar apartado;
y mandóle allí dejar
sin ninguna vestidura,
á un pilar lo hizo atar,
y mandóle preparar
los azotes de amargura.
Buscaron á unos traidores
que crueles le azotaron
redoblando sus furores,

y á nuestro Dios los dolores
que el alma le traspasaron.
Así lo ejecutaron,
con tal violencia y tal gana,
y tanto le atormentaron,
que en su cuerpo no dejaron
una sola parte sana.



Por fin aquellos malvados,
despues de muy grande espacio,
de venganza ya saciados,
sintiéronse fatigados
del trabajo y del cansancio.
Pilatos que conoció
que bien castigado estaba,
que lo sacasen mandó,
y presentarlo acordó
donde la gente esperaba.
Luego que esto hubo mandado,
fué de algunos requerido
diciendo, que el azotado,
ya que rey se habia llamado,
como rey fuese vestido.
Con esta idea trajeron,
un paño vil, desechado,
el más sucio que pudieron,
de pintura embadurnado,
y los hombros le cubrieron.
En las manos le pusieron
por burla una cañavera:
allí palmadas le dieron,
y mil oprobios le hicieron
con risa falsa y artera.
De rodillas se postraban
delante, por más burlarse,
con unas varas le daban,
y las barbas le mesaban,
sin dejar que descansase.
Dios te salve, rey, (decian)
del pueblo que te premió;
y luego le sacudian
diciendo con ironía:
«profetiza quien te dió.»
Estándole, pues, hiriendo
su cuerpo tan delicado
un traidor salió diciendo:
«pues que rey eres, yo entiendo
que debes ser coronado.»
Muy grande prisa se dieron
en la corona buscarle,
de espinas, pues la trajeron
y al punto se la pusieron
por mayor tormento darle.
¡Oh Madre, si tú supieras
de esta corona espinada,
con qué ansia te movieras
y por tu Hijo quisieras
ser tú antes coronada!
Pues apenas fué traida
la corona malhadada,
cuando de muchos asida,
fué reciamente metida
por su cabeza sagrada.
Mirad qué dolor sintió
aquel alto Rey del cielo,
que la sangre reventó,
y por su rostro corrió
con abundancia hasta el suelo.
Luego de haber acabado,
con tanta injuria y horror,
y haberlo así atormentado,
azotado y deshonrado,
y dando tanto dolor,
de la manera que estaba,
lo hicieron presentar
ante el pueblo que esperaba,
y sin cesar le acusaba

para darle más pesar.
Pilato dijo con esto:
«ved al hombre junto á nos
tan acusado y propuesto,
que se preciaba en aquesto
de ser el Hijo de Dios.
Mirad, véisle aquí azotado,
ya veis que viviendo muere:
él está bien castigado,
herido y atormentado;
váyase donde quisiere.»
Los judíos cuando oyeron
que lo mandaba soltar,
todos grandes voces dieron:
crucificadle, dijeron,
no le querais libertar.
Respondióles: «ya sabeis
que es costumbre de guardar
cuando dos presos teneis
por la Páscua, que debeis
en su honra uno soltar.
Y pues esto asi sabeis,
que pasó siempre jamás,
porque vuestra Páscua honreis,
decidme, ¿cuál escojeis,
á Cristo ó á Barrabás?»
Entonces los pervertidos,
sin calcular los estremos,
dieron grandes alaridos,
diciendo ya enfurecidos:
«á Barrabás escojemos.»
Pilato les respondió,
diciendo de esta manera:
«de Jesús, ¿qué he de hacer yo?»
Luego el pueblo le tornó
respuesta, diciendo: «muera.»
Dijo Pilato: «¿por qué
á este hombre he de matar
que nunca malhechor fué?
nunca causa en él hallé
para tal sentencia dar.
Y siempre en esta porfía,
rehusando sentenciarlo:
los judíos todavía
(como la envidia crecia)
no cesaban de acusarlo
á Pilato con afan,
diciendo: «si este hombre dejas,
estas nuevas se sabrán
donde está el César irán,
dándole tremendas quejas.
Y si muerte no le das,
pues tan claro la merece,
sin duda le enojarás,
su confianza perderás,
y así tu fama perece.»
Pilato en cuanto oyó
que del César le decian,
en estremo se turbó,
y al momento imaginó
que mal con él le pondrian.
Y estando en gran confusion,
al Señor se volvió á hablar,
diciendo: «dame, varon,
respuesta de una razon
que te quiero preguntar.
A estas injustas quejas
con que el pueblo me importuna,
puesto que á tí son anejas,
¿por qué motivo tú dejas
de darle respuesta alguna?»
A todo el Señor calló,
sin palabra devolver.
Luego Pilato siguió,
diciéndole: «¿por qué no
me quieres, dí, responder?»
En el tribunal sentado
Poncio Pilato estaba,
no muy libre de cuidado,
cuando una carta le han dado
que su mujer le enviaba,
en la cual le requeria
diciendo de esta manera:
«Pilato, deja la vía
en que esta gente porfía,
y haz porque el justo no muera.

Pues que esta noche en vision
grandes cosas he soñado;
no juzgues ese varon,
pues tendrás más galardon
si haces tal desacato.»
Luego que Pilato vió
esta carta contundente,
como habia conocido
que sin culpa era traido
el Salvador á la muerte,
él se quisiera escusar
de aquello que le pedian;
mas volvió á reflexionar
si le mandase soltar,
que al César le acusarian;
y queriéndose librar
de culpa tan conocida,
mandó luego sin tardar
que al tiempo de sentenciar
agua le fuese traida.
Y con ella se lavó
sus manos diciendo: «veis
que culpa no tengo yo
de este fallo injusto, no,
vosotros ved lo que haceis.»
Allí todos respondieron
con ademanes siniestros
y grandes voces que dieron,
«su sangre caiga, (dijeron)
sobre nos é hijos nuestros.»
Díjoles Pilato: «pues
me quereis tanto aquejar,
porque más no os enojeis,
hágase cuanto quereis,
mando á Barrabás soltar;
y por mi sentencia ordeno
que la muerte sea dada
á Jesús el Nazareno,
en cruz, para poner freno
á esa multitud airada.»
¡Oh qué grande vocería
toda aquella gente dió!
¡oh qué alegria tenia
viendo el fin de su porfía,
que la sentencia firmó.
Contempla y llora, cristiano,
mira por tí, qué pasaba
con aquel Dios soberano,
que en todo su cuerpo sano
lugar ninguno se hallaba.
Con la sentencia ya dada,
que el inocente muriese;
aquella gente dañada
tuvo presto aparejada
la cruz donde padeciese.



El cual luego lo sacaron
de allí do fué sentenciado,
en los hombros se la echaron,
y de nuevo lastimaron
aquel cuerpo delicado.
Y como era tan pesada,
muy gran trabajo sentia;
que de la pena pasada
la fuerza estaba menguada,
y llevarla no podia:
pues yendo tan aquejado
el supremo Rey del cielo,
de cansancio fatigado,
y de muchos maltratado,
cayó sin fuerza en el suelo.
Cuando los judíos vieron
al Señor tan quebrantado,
tal impiedad tuvieron,
que sus cabellos asieron,
y luego fué levantado.

Viendo lo que padecia,
todos á una voz decian,
que temian moriria,
y que no se lograria
la muerte que ellos querian;
porque su mal corazon
del todo quede vengado,
consumando la pasion
tomaron luego un varon,
Simon Cirineo llamado.
Fatigado el Redentor
con la carga grande y fuerte,
muy menguado su vigor,
con la angustia y el dolor
iba gustando la muerte.
Muchas mujeres que habian
hijos amados perdido,
de lástima que tenian,
por donde él iba seguian
renovando su gemido.
Los corazones quebraban
de llanto hácia el Señor,
y su mancilla doblaban,
cuando en la Vírgen pensaban
conociendo su dolor,
decian: «¡cuándo sabrá
lo que padece su amado!
¡quién piensa que vivirá,
cuando á su Hijo verá
tan herido y maltratado!
La que tanto le alababa
siempre de noche y de dia,
grandes bienes de él contaba;
cuando su rostro miraba
ningun otro más queria:
y él era para querer,
que nunca á nadie enojó:
hacia á todos placer,
y siempre quiso correr
por donde virtud corrió.»
Cuando á estas mujeres vió
ir llorando por su bien,
Cristo su rostro volvió,
y á decirlas comenzo.
«hijas de Jerusalen,
por mí no querais gemir,
mas por vosotras llorad
y á los que habeis de parir,
que dias han de venir,
que lo hagais más de verdad.»
En todo esto el Señor
grande tormento sentia:
y doblaba su dolor
la sangre y el gran sudor
que de su rostro vertia;
y como ciego se halló,
para su rostro limpiar,
con la angustia que sintió,
prestado un lienzo pidió
por su vista recobrar.
Una mujer que lo oyó,
movida de gran piedad,
su misma toca le dió
y con ella se limpió
aquel Rey de gran bondad.



Y quedo así figurada
en aquel pobre tocado
aquella cara sagrada,
que estará allí retratada
hasta el dia señalado.
Llegado ya el Redentor
en aquel fatal lugar,
donde por tí, pecador,
en tormento y el dolor
con su vida han de acabar.
Ahora notar bien debes,

con grande veneracion
cosas que si me creyeres,
todo el tiempo que pudieres
dedica tu corazon.
A aquel Sumo Bien trataron
con impiedad sin mesura,
mil traidores de él tiraron;
y muy recio le quitaron
su sangrienta vestidura.
Y como se la quitaron
con ira y rabia furiosa,
como con fuerza tiraron,
los pedazos le arrancaron
de aquella carne preciosa.
Mas San Juan que conoció
que la vida se eclipsaba
de aquel Dios que tanto amó,
aunque fe no le faltó,
la muerte vivo gustaba;
al punto sin más tardar,
para que á verle viniera,
á la Vírgen fué á buscar,
por que pudiese llegar
antes que el Hijo muriera.
Pues piensa ahora, cristiano,
en tanto que va San Juan
el gran tormento inhumano
que á nuestro Dios Soberano
aquellas gentes le dan.
Al cual luego que tuvieron
bien despojado y herido,
allí en el suelo pusieron
la cruz, y en ella dijeron
que fuese luego tendido.
Con muy santa voluntad
aquel cuerpo consagrado,
llagado con impiedad,
con paciencia y humildad
obedeció aquel mandado.
Como tendido lo vieron
los que así se lo mandaron,
en la cruz señal hicieron,
donde sus manos tendieron
y á donde sus pies llegaron.
Y despues que señalaron
el Señor fué levantado,
y luego la cruz tomaron,
y por allí barrenaron,
por do habian señalado.
Luego otra vez lo tendieron
al Rey nuestro lo primero,
y de un brazo lo asieron,
un clavo en la mano metieron
haciéndole un gran agujero;
y tales golpes le dieron
porque estuviese bien fuerte,
que sus nervios se encogieron,
y aquellos dolores fueron
mas mortales que la muerte.
Y empezando ya á clavar
la otra mano que faltaba,
el clavo queriendo hincar,
no le podian llegar
donde barrenado estaba.
Porque como no contaron
lo largo que era debido,
al tiempo que una clavaron,
los nervios se le encorvaron
y estaba el brazo encogido.
Y tan gran crueldad pensaron
á fin de que mas penase,
que á la muñeca le ataron
sogas, de donde tiraron
porque la mano llegase;
y para poder llegar
donde estaba el agujero,
puedes, pecador, pensar,
de un rigor tan duro y fiero
qué podia redundar!
La mano, pues, ya llegada
á su lugar, contemplad
¡con qué rigor fué clavada,
descoyuntada y llagada
con tan terrible impiedad!
Luego que clavadas fueron
las manos por los malvados.

de sus santos pies asieron,
y juntos se los pusieron
con gran crueldad clavados.
Habiendo esto ejecutado,
la cruz en alto pusieron
en su hoyo acomodado,
adonde el pie fuese hincado,
el cual allí lo metieron.
Llora y contempla, cristiano,
por las congojas mortales
que le dió el pueblo inhumano,
solo por librar tus males,
á nuestro Dios Soberano.
Allí el cuerpo se acabó
tanto de descoyuntar,
que en todo él no quedó
hueso que no se apartó
de su juntura y lugar.
Cuando esto ya acabaron
de hacerlo tan sin mesura,
aquellos que allí se hallaron,
suertes al instante echaron
por su pobre vestidura.
Para mas deshonra dar
y aumentar sus aflicciones,
juntos con él á la par
hicieron crucificar
dos malos hombres ladrones.
Imitando al Salvador,
rencores nunca os enlacen,
pues dijo con grande amor:
«perdónalos, tú, Señor,
pues no saben lo que se hacen.»
Mas ya San Juan ha llegado
donde la Virgen se hallaba,
y embarazado y turbado,
dolorido y angustiado
entró dentro donde estaba.
La vió que estaba apartada
en viva contemplacion,
donde con voz desmayada
la refiere su embajada
con dolor y turbacion.
San Juan no habia acabado
de contar la grave pena,
cuando el rostro demudado
y su cuerpo traspasado,
entraba la Magdalena
arrancándose oprimida
sus cabellos á manojos;
decia: «¡oh Madre querida,
anda, si quieres ver viva
á la lumbre de tus ojos;
y prisa te debes dar,
lo mas pronto que podrás,
que si vamos á tardar,
segun lo vimos tratar,
vivo ya no le verás!...»
Cuando oyó tan triste nueva
aquella Reina sin par,
su congoja se renueva,
muriendo casi en tal prueba,
cual podeis considerar.
Y aunque humilde resistió
la Vírgen en su destino,
estremo dolor sintió;
mas con todo preguntó
á San Juan por el camino.
Díjole San Juan: «Señora,
el rastro claro hallareis,
por el cual mi alma llora,
que su sangre es guiadora
y por ella es guiareis;
porque tanta le han sacado
los que hoy le atormentaron,
que por do quier que ha pasado
todo el suelo está bañado,
hasta donde lo pararon.»
Luego á la calle salida
fué la compaña preciosa:
contempla en aquella ida,
tan cuitada y dolorida
de aquella Vírgen gloriosa.
Cuando ella el rastro vió
que su Hijo habia dejado
como la sangre miró,

de grave dolor sintió
su corazon traspasado.
Allí gran pena le daba,
allí grande llanto hacia,
allí lágrimas echaba,
y tal compasion mostraba
que al mismo dolor rendia.
Y para su Hijo ver
vivo, de allí se levanta,
y sin un punto perder
la via vuelve á emprender
con su compañía santa.
Con el ánsia que tenia,
va gimiendo, aunque callando·
¡oh Madre que tal sentia!
pues que el llanto crecia,
sus ojos fuentes tornando:
«Amigas, las que parísteis,
ved mi dolor sin igual:
las que marido tuvísteis,
las que amásteis y quisísteis,
llorad conmigo mi mal.
Mirad mi angustia fuerte,
mirad qué pena es la mia,
mirad qué cautiva suerte
que le están dando la muerte
á un Hijo que yo tenia.
En él tenia Marido,
Hermano, Hijo y Esposo;
de todos era querido,
y hombre nunca fué nacido
más lindo ni más hermoso.»
Todas al oir callaban,
palabra no proferian,
y tanta pena pasaban
cuando á la Vírgen miraban,
que aun queriendo, no podian.
Mas aquella que prestó
el tocado al Rey del cielo;
conque su rostro limpió,
aquella le respondió,
pensando darle consuelo.
Y díjole: «Amiga, yo
creo que engañada estais;
que el que por aquí pasó
no era vuestro Hijo, no,
segun vos las señas dais.
Aunque bien podia estar
en lo hermoso deslustrado,
y podíame engañar,
que segun le ví tratar
estaba desfigurado.
Porque os digo de verdad,
y bien me podeis creer,
que sin haber de él piedad
nunca tan gran crueldad
en hombre humano ví hacer.
De las barbas le tiraban,
en el rostro le escupian,
palos y golpes le daban
y los que detrás quedaban
con sus lanzas le herian.
Pero bien presto podeis
si era él certificaros,
porque entre manos teneis
quien puede, como vereis
su misma cara mostraros.
Porque así cuando pasó
por aquí tan aquejado
con la angustia que sintió,
un lienzo me demandó
y dile yo mi tocado.
El cual él de mí tomó
con humildad mesurada,
el gran sudor se limpió,
y su cara en él quedó
propiamente señalada.
Y si no me lo creeis,
la misma cara es aquesta:
del bien ó mal que temeis,
si es ó no la faccion esta
por ella lo juzgareis.»
Cuando la Vírgen miró
la figura del tocado,
luego el rostro conoció,
y un grave dolor sintió

de verle tan lastimado.
La cual dió una exclamacion
y un lastimoso gemir,
con angustia y turbacion,
con lastimera razon
así comenzó á decir:
«Aquesta, ¡oh amiga mia!
es la cara de mi amor,
y esta es la que solia
con la beldad que tenia
quitar al sol su esplendor.
Mas los judíos han dado
en ella tormento tal,
que la han puesto en este estado,
y los golpes la han tornado
de aqueste color mortal.»
Y dejando esta razon
esto al Santo Rostro habló:
«¡oh carísima vision!
¡oh inmensa perfeccion!
¿quién así te oscureció?
¡Oh faz sacra do solian
los ángeles adorar!
¡ay cuán mal le conocian
los hombres que se atrevian
tu rostro santo á tocar!
Su cara en sangre bañada
va, segun las muestras siento:
si en lienzo queda estampada,
en mi corazon sellada
quedará con gran tormento.»
Luego de allí la movieron
San Juan y la Magdalena,
y mayor prisa se dieron,
porque ya ellos creyeron
pasado habria la pena.
Y apresurando el andar
despues del llanto acabado,
pudieron por fin llegar
al dolorido lugar
do estaba crucificado.
Como la Vírgen miró
á su Hijo tan querido,
¿quién dirá lo que sintió?
nadie, pues nadie llegó
á sentir lo que ha sentido.
Las palabras que decia
eran de gran compasion,
tan tiernas como sabia,
que aquello pertenecia
á su santa discrecion.
«Vos nunca á nadie enojásteis,
Hijo mio y mi Señor,
siempre la virtud amásteis,
siempre, Hijo, predicásteis
doctrina de gran valor.
Siempre, Hijo, fué encontrada
en vuestra boca verdad:
¿por qué causa así es tratada
vuestra carne delicada
con tan áspera crueldad?
Y si habíais de pasar
esa muerte tan forzado,
una os debiera bastar,
que segun os veo estar
mil muertes habeis pasado.
¿Dónde está vuestra figura?
¿dónde el rosado color?
¡oh celestial criatura!
¿dónde está vuestra hermosura?
¿qué es de vuestro resplandor?
Si no quereis con hablar
lastimar mi corazon,
mirad, Hijo, que el callar
me da motivo á pensar
que es mucha vuestra pasion.»
Y como lejos estaba
la muy llorosa María,
á la gente que miraba
como su Hijo penaba,
de este modo les decia:
«Dejadme, amigos, llegar,
tened compasion de mí,
dejadme ya ahora hartar
de abrazar y de besar
al Hijo que yo parí.

Dejadme de cerca ver
aquella imágen hermosa,
que mi amor solia ser,
y dejadme reconocer
aquella sangre preciosa.»
Como la Vírgen lo vió,
cual nunca le pareció,
con semblante dolorido
y el corazon oprimido
á su Hijo así le habló:
«¿Adónde iré, ó qué haré
Redentor de los mortales?
¿á quién me querellaré?
¿con quién me consolaré?
¿á quién contaré mis males?
Vos á todos remediais
con vuestra muerte y pasion;
pero ya que me dejais,
Hijo, ved á quién mandais,
que me dé consolacion.»
Luego que oyó el Redentor
la voz que la Vírgen dió,
sepa todo pecador
que le fué mayor dolor
aquel que cuantos sufrió.
Con aquel grande querer
que la Vírgen le tenia,
dijo: «mira ahí, Mujer,
á Juan, que lo has de tener
por tu hijo y compañía.»
Luego á San Juan se volvió
con gran pena, y dijo así:
«Juan, madre te doy ahí:»
y así Juan la sirvió
y acompañó desde allí.
Ya las palabras cesaron
de la Vírgen nuestra luz,
y los sayones tomaron
una tabla y la clavaron
en lo alto de la cruz.
Puesto en ella un mote bueno
en griego, latin y hebráico,
mote de verdad muy lleno:
«este es Jesús Nozareno
el rey del pueblo judáico.»
Cuando los judíos vieron
tal rótulo puesto allí,
á Pilato le dijeron,
las letras que se escribieorn
no digan, Señor, así.
Digan, este se llamó
rey del pueblo israelita.
Pilato les respondió:
«aquello que se escribió,
eso mismo quede escrito.»
Los que por allí estaban
del Redentor se reian,
y muy grandes voces daban
le mofaban y burlaban
y de esta suerte decian:
«veamos, pues, lo que harás,
si eres el Hijo de Dios;
para ver que poder has,
desciende de donde estás,
sálvate á tí y sálvanos.
Tú dijiste que en tres dias
el templo con tu poder
lo desharias y harias;
pues tales cosas podias,
puédete á tí guarecer.»



El uno de aquellos dos
ladrones puesto allí,
le dijo: «si tú eres Dios,
sálvate á tí y salva á nos
y creeremos en tí.»
Respondió Dimas, ladron

que estaba á la mano diestra,
y le dijo: «calla, varon,
que por cierto tu razon
es mala, y por tal se muestra.
Bien sabes que aquesta pena
nuestra culpa la merece;
mas este por culpa ajena
á la muerte se condena
y sin culpa la padece.
Y volviendo al Salvador,
«compadécete si quieres,
(le dijo con gran fervor:)
de mí acuérdate, Señor,
cuando en tu reino estuvieres.»
La divina Majestad
á esta razon sumiso,
dijo con benignidad:
«tú serás hoy de verdad
conmigo en el Paraiso.»
Luego con eco sombrío
dijo muy acongojado:
(de ello no hagamos olvido)
«¡oh Dios mio! ¡oh Dios mio!
¿por qué me has desamparado?»
Dijo luego, «gran sed he,»
este nuestro Dios eterno;
y declarando el por qué,
gran sed de librar fué
las ánimas del infierno.
Pero al revés lo entendieron
los falsos con su coraje,
que vinagre y hiel trajeron,
y de ello al Señor le dieron
un muy amargo brevaje.
Nuestro Sacro Redentor
ya su muerte cerca viendo,
dijo con mortal dolor:
«en vuestras manos, Señor,
mi espíritu os encomiendo,»
Y porque era gran razon
cumplirse las escrituras,
dió á la vida conclusion,
diciendo: «acabados son
mis dolores y amarguras.»
Ya la cabeza inclinó
hácia do estaba su Madre,
y nuestro bien consumó;
pues el Rey eterno dió
el espíritu á su Padre.
¿Quién es el que contemplando
en esto, no há compasion?
¿quién es tan duro, que estando
en este paso pensando
no le quiebra el corazon?
¡Oh Vírgen atribulada
y afligida, que sentiste,
cuando le vistes bajada
la cabeza, é inclinada
al Hijo que tú pariste!
¡Oh quién jamás apartase
tu dolor de su memoria!
¡Oh quién gimiese y llorase,
porque camino llevase
para gozar de la gloria!
Habiendo ya consumado
nuestro Redentor su vida,
Longino muy alentado
rasgó su sacro costado
con una lanza atrevida.
Y este que al Señor hirió
la vista tuvo perdida,
y en sus ojos le tocó
la sangre y agua vertida,
y al punto la recobró.
Entonces se oscureció
todo el resplandor del mundo,
el sol claro se eclipsó,
toda la tierra tembló,
hasta el abismo profundo.
Las piedras se sacudieron
unas á otras sin piedad,
los monumentos se abrieron,
muchos santos resurgieron
que fueron á la ciudad.
Hizo gran mudanza el cielo,
dolor el aire mostraba.

el mundo ostentó gran duelo,
y rasgóse todo el velo
que el firmamento temblaba.
Cuando tales cosas vieron
aquellos falsos traidores,
sus corazones temieron,
y que era aquel entendieron
el Señor de los señores.
Entre la gente que fué
á presenciar tan cruel pena,
fué María Salomé,
con María Jacobé
y María Magdalena.
Cuando ya más tarde fué
dos caballeros vinieron,
y por muy cierto se vé
que al Señor tuvieron fé,
pues lloraron y gimieron.
Movidos á compasion
de ver al Señor clavado,
con contrito corazon
procuraron ocasion
porque fuese sepultado.
El uno por nombre habia
Nicodemus, ciertamente,
y el otro que le seguia
era José Arimathea,
hombres de razon prudente.
Ambos á dos juntos fueron
penetrados del dolor
que sus almas padecieron,
y á Pilato le pidieron
el cuerpo del Salvador.
Humildes se lo rogaron,
él así se lo otorgó;
luego al Señor bajaron,
y una sábana tomaron
en que el cuerpo se envolvió.
En un monumento honrad
metieron á nuestro Dios,
y era de piedra labrado
que hubo para sí ordenado
el uno de aquellos dos.
Despues la losa tomaron
y encima se la pusieron;
y cuando así lo dejaron
las Marías se humillaron
. el, y se despidieron.



De esta manera acabaron
las penas del Rey eterno,
las cuales nos remediaron,
pues que ellas nos libraron
de las penas del infierno.
Pecadores, contemplemos
esta pasion dolorosa,
suspiremos y lloremos,
para que despues gocemos
su santa gloria preciosa.
Estaba la Virgen pura
sola el sepulcro mirando
con tal angustia y tristura,
cual nunca vió criatura,
en su Hijo contemplando.
Sus dos ojos hechos fuentes,
su corazon angustiado;
contemplen todas las gentes
que estos amargos presentes
le hizo nuestro pecado.
Contempla tan gran dolor
y su angustia sin igual;
siente ahora, pecador,
el ánsia, pena y dolor
de esta Reina celestial.
Esta cual nunca se vió
mujer tan desconsolada:

contempla lo que sintió
por el Hijo que parió
viéndose de él separada.
Está la Vírgen (por quien
el mundo es ya redimido)
tan sola en Jerusalen,
que ha perdido gloria y bien
con el Hijo esclarecido.
Pensemos y contemplemos
con Vos, Vírgen, esta historia;
la pasión santa lloremos,
porque así con Vos gocemos
de la soberana gloria.
Las tres Marías llegaron
con caritativo amor
al sepulcro, do dejaron
los ungüentos que compraron
por ungir al Redentor.
Por el camino venian
las tres discurriendo aquesto,
de como hacerlo podrian
y la piedra quitarian
que en el sepulcro habian puesto.
Luego que al sitio llegaron
vieron la piedra quitada,
por lo cual se acongojaron,
pero allí un mancebo hallaron
que las dijo esta embajada:
«llegaos, no os aflijais,
amigas, ni esteis turbadas,
que bien sé lo que buscais,
y os ruego mucho que oigais,
pues de Dios sois tan amadas,
que el Jesús Crucificado
que aquí venís á buscar,
sabed que ha resucitado;
la mortaja allí ha dejado,
lo cual bien podeis mirar.
Id, pues, y así lo direis
á Pedro y su compañía
aquesto que visto habeis,
y sin que más os tardeis
tornareis luego la vía.
Tan luego como esto oyeron,
las Marías se apartaron
y á los discípulos fueron,
y al instante que los vieron
todo se lo publicaron.
Los discípulos turbados
en oir tal embajada,
de Dios queridos amados,
con ánimos esforzados
luego toman la jornada.
En cuanto á la Vírgen pia,
segun el testo sagrado,
es de creer que María
antes que nadie sabria
que era ya resucitado.
Y que en aquel monumento
su santo cuerpo no estaba;
por lo cual con sentimiento
estando en retraimiento
solo en su amor contemplaba
Y así cierto es de creer,
que á la Vírgen sin pecado
se le quiso aparecer
antes que á nadie (á mi ver)
despues de resucitado.
Rogareis siempre por nos,
Madre de misericordia,
al inmenso eterno Dios,
que quiera á todos por Vos
darnos parte de su gloria.
Así logré despertar
nuestro torpe entendimiento,
dándonos gracia en obrar,
y el saber para loar
su alto merecimiento.

**FIN.**